

Vicente Aleixandre

Escribe: MARIA MERCEDES CARRANZA

Vicente Aleixandre nació en Sevilla en abril de 1900. Pasa casi toda su infancia en Málaga. Cursa en Madrid las carreras de derecho y comercio.

En agosto de 1926 aparece por primera vez su firma en la *Revista de Occidente* con una serie de poemas, y en 1928 se publica su libro inicial: *Ambito*. Colabora en las revistas *Litoral*, *Verso y Prosa*, *Medio Día*...

Pertenece a la llamada generación poética del 27 con Rafael Alberti, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Federico García Lorca, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Luis Cernuda, Emilio Prados y Manuel Altolaguirre.

En 1949 es recibido como miembro de número en la Real Academia de la Lengua. Actualmente reside en Madrid en la calle Wellingtonia.

* * *

Madrid, otoño de 1965.

“A María Mercedes Carranza, recuerdo de una mañana de otoño madrileño, charlando en poesía y amistad”. Así es la dedicatoria que me escribió Vicente Aleixandre en su libro *Espadas como labios*; y esto fue en realidad.

Yo voy acompañada por mis amigas Consuelo y María Rosa Tovar; nos recibe sentado en su jardín y después de saludarnos nos advierte que detesta los reportajes: —prefiero conversar, es más natural— nos dice. En seguida nos cuenta que ha leído unos últimos poemas de mi padre en los cuales halla una cierta continuidad, y yo le pregunto si esa continuidad no puede significar conformidad o auto-imitación en cualquier obra literaria; no —dice— usted confunde continuidad con reiteración; lo que sí debe haber es una renovación en la continuidad.

Habla de cómo su primer libro *Ambito* sigue una línea más o menos clásica, con la que rompe en el siguiente libro: *Pasión de la tierra*; a este le siguen *Espadas como labios*, *La destrucción o el amor*, *Sombra del paraíso*, *Nacimiento último e Historia del corazón*; evolucionando en ellos de

tal manera que acaba por demostrar cómo su último libro: *Retratos con nombre* tiene una estrecha relación con el primero: *Ambito*. Entonces se dan solo saltos, saltos aparentes, pero la personalidad del que es poeta queda siempre flotando en sus poemas; ello se advierte bien en Alberti.

Luego nos sigue hablando de su entrada en la poesía; la detestaba porque recibía clases en el bachillerato de preceptiva literaria, según un libro con ejemplos mal escogidos, y eso, que él creía era la poesía, no le atraía en absoluto. Sin embargo leía, leía a Unamuno, Valera, Baroja, Azorín, Valle-Inclán, Lope, del cual solo buscaba la trama y se saltaba los poemas, y Campoamor, porque su abuela tenía un pequeño tomo encuadernado en rojo. Tiene 18 años cuando, en un pequeño pueblo, cerca de Madrid, llamado Navas del Marqués, conoce a Dámaso Alonso; están hablando un rato de literatura hasta que Dámaso le pregunta por la poesía, él responde que no le interesa; Dámaso se asusta y le aconseja que lea a Darío. Así lo hace e —“instantáneamente se me abrieron los ojos y me sentí iluminado por una luz interior”—; y se lanza a escribir. Lee a los maestros de entonces: Darío, Machado, Juan Ramón Jiménez... Sin embargo no publica, le da miedo que una crítica algo dura apague esa nueva fuerza que lo ha invadido; y lee día y noche. Al cabo de los seis años accidentalmente sus poemas caen en manos de unos amigos, se entusiasman y los llevan a la revista de *Occidente*, dirigida entonces por Ortega y Gasset, donde se los publican en seguida debido ello a que ya había alcanzado una madurez que no tiene el principiante. Hablando de principiantes le pregunto cómo deben los jóvenes resolverse a publicar y responde que rompiendo, rompiendo y sin miramiento.

De pronto surge Colombia en la conversación y nos confiesa que ir es una de sus grandes ilusiones, ya que es el país suramericano que más le atrae por tener muchos amigos queridos y “amigos desconocidos” como él nombra a sus admiradores, y además amigos que han muerto; habla entonces de Eduardo Cote y recuerda su amistad en el tiempo que éste vivió en España y afirma que es el poeta colombiano más importante en los últimos años; Jorge Gaitán Durán, quien, según nos contó, siempre, a su paso por Madrid, tenía unos minutos para verle o al menos para llamarle por teléfono a saludarle. Conoce también a Rafael Maya, a Fernando Charry Lara, a Maruja Vieira, a Gómez Valderrama, a Hernando Valencia y a Ramón de Zubiría con el que se vio hace unos meses y es el que siempre lo anima invitándole a viajar a nuestro país. Por ahora se ha negado poniendo por delante su salud y su vida de reposo necesario; pero algún día irá.

Se me viene a la mente un poema suyo, de los primeros que escribió y por casualidad el único que sabe de memoria y —que “sé que no me falla en ningún recital”; nos lo dice, lentamente:

ADOLESCENCIA

*Vinieras y te fueras dulcemente,
de otro camino
a otro camino. Verte,
y ya otra vez no verte.*

*Pasar por un puente a otro puente.
—El pie breve,
la luz vencida alegre—.*

*Muchacho que sería yo mirando
aguas abajo la corriente,
y en el espejo tu pasaje
fluir, desvanecerse.*

(Ambito)

Hay dos imágenes principales en este poema: el adolescente que ve pasar el reflejo de la amada en las aguas del río, el paso de la dolencia, el fluir del tiempo; de donde sale fácilmente la pregunta: ¿qué es el tiempo en su poesía? Responde que en un principio él consideraba al hombre como parte de la naturaleza, al hombre en el cosmos, como algo inmutable; después lo concibió en función de su vida, es decir de lo que fluye y acaba por terminar, en función del tiempo que lo destruye todo. Las dos posturas ante este problema no son antagónicas porque —todo queda y todo pasa; la belleza de una mujer pasa pero queda en la mente de alguien que la vivió—.

Después de esto hay unos momentos de silencio, Aleixandre parece cansado y creo que vamos a dejarlo; pero no, aún nos queda algo de qué conversar: García Lorca, su gran amigo, era un fenómeno de alegría, de vida, de simpatía, de generosidad; algo inigualable que él jamás ha visto repetirse. Cuenta, cómo un día se encontró Federico ante un grupo de gente, hombres y mujeres, ellos viejos, cansados de vida y —fríos como zapatos—; ellas profesoras ya mayores, tristes, aburridas y —secas como esparto—; Federico empezó a acantar canciones de “La argentinita” a pesar de no tener voz, a reír y bromear; al instante como si un viento de vida atravesase la habitación esta gente empezó a crecer, a reír, a tomar vida; Federico se fue y él, Aleixandre, se quedó un rato más para ver cómo diez minutos después otra vez hombres y mujeres se comenzaron a apagar para quedar como antes, hundidos en sus asientos.

Pregunto cómo se justifica el que García Lorca en medio de tan geniales poetas contemporáneos suyos haya sido y sea el poeta español más popular fuera de su patria; nos dice Aleixandre que ello es debido a que siendo un gran poeta, representa lo inmediato del espíritu español, como se lo imaginan en el extranjero y además por su teatro, donde habla las cosas crudamente, casi en impulsos primarios pero de una claridad verdadera; luego nos afirma enfáticamente, casi exaltado, que el mito Lorca no existe —y si existe se lo merece: él se lo merece todo, era algo cósmico—.

Al revivir todo esto Aleixandre crece también, se ve una chispa de alegría en sus ojos. Así nos despide, enviando con nosotras poesía y amistad a todos sus amigos.